

Mi cartel del 8M

“¡Mujer, escucha, ésta es tu lucha!”, “¡Mujer consciente, se une al contingente!” eran las consignas que escuchaba a todo pulmón de las mujeres en la marcha del 8M.

Llegamos Lis y yo muy temprano al Monumento a la Revolución. Llegamos preparadas para poder sumarnos al contingente del Museo de la Mujer, mismo que no ubicamos. Íbamos muy bien preparadas. Ropa cómoda, bolsa que dejara libre las manos, agua, bloqueador, celular con pila cargada al 100, identificación con fotografía, todo. Todo lo que recomendaron en varias publicaciones en redes sociales para este fin.

No desistíamos y volvimos a recorrer el Monumento, más no pudimos encontrar el contingente del Museo de la Mujer. Por lo que decidimos caminar hacia Reforma y en algún momento incorporarnos a la Marcha. Sin embargo, los contingentes avanzaban a paso lento, pues éramos miles de mujeres; jóvenes, maduras, ancianas, vestidas de morado, de verde, de blanco, todas sin excepción con el distintivo que se requería para este importante día. Preguntamos a personas de la Comisión de Derechos Humanos si podían ayudarnos a ubicar el contingente que buscábamos. Nos dijeron que era el del 8M que estaba casi frente a nosotras. Caminamos hacia ese punto y buscábamos los banderines del Museo de la Mujer y no los veíamos. Tal vez se escondían detrás de los grandes carteles que otras mujeres alzaban.

Mientras tanto, yo observaba a todas las mujeres de esos contingentes frente a nosotras. Algunas de Crianza Feminista que llevaban a sus hijos o hijas. Jóvenes con batucada incitaban a gritar al unísono “¡Se va a caer, se va a caer, el patriarcado se va a caer!”... consigna que vibraba realmente en todo mi cuerpo.

Cuando escuchaba “¡Mujer, escucha, ésta es tu lucha!” yo me preguntaba si realmente se referían también a nosotras, a Lis y a mí, que tratábamos de incorporarnos en algún momento. Yo me decía, “No soy una joven veinteañera para unirme a este grupo”, “Tampoco soy madre de niñas o niños ya”, “Gracias a dios no soy madre o familiar de alguna desaparecida”. Lo que sí tenía claro es que quería estar en medio de todas ellas porque aun cuando no tuviera esas similitudes, tenía la principal: rabia y frustración ante los feminicidios y tanta injusticia...Recorría los rostros que formaban esas oleadas de mujeres y yo quería estar ahí, en medio de ellas, entre ellas, gritando junto con ellas, pero no había manera de incorporarnos.

De repente, un grupo de mujeres que estaban a nuestro lado, se organizaba para incorporarse al contingente. ¿Quiéren unirse? -Nos preguntó una de ellas-. ¿De dónde vienen? -Pregunté-. “Somos del aeropuerto”, respondió una de ellas. ¿Quiéren unirse? -Insistió-. Lis y yo nos vimos y yo le dije que no perdíamos nada con sumarnos a ellas. Al decirles que sí nos uniríamos, nos dieron inmediatamente una playera blanca con el mensaje: “¡El nueve ninguna se mueve! #Undiasinnosotras, paro nacional. ¡Demuestra tu Fuerza!”. Mensaje que Lis y yo consideramos era claro y no tenía que ver con ningún partido o grupo en particular y decidimos que la usaríamos y nos quedaríamos con ellas.

Los contingentes avanzaban un poco y yo estaba deseosa ya de poder estar entre las demás mujeres. “Pónganse la playera y griten” -nos dijo una de ellas-. “Creen que somos del gobierno, pero no.

Somos trabajadoras del aeropuerto. Ya una compañera viene en el contingente y en cuanto lleguen a esta altura nos metemos”. Ante esto, no entendí por qué no se prepararon como el resto de los contingentes que diseñaron sus carteles, se organizaban y daban indicaciones de cómo avanzar y qué hacer en caso de que algo se complicara.

Mientras esperábamos *la señal* para entrar al contingente, yo observaba con mucha sorpresa cada rostro, cada letrero, cada movimiento. Era mi primera marcha feminista y estaba muy entusiasmada por participar. Estaba deseosa de protestar junto con otras mujeres por este hartazgo y cansancio que estamos soportando y que cada día que veo en redes sociales una noticia sobre alguna joven desaparecida o muerta, crece aún más y yo realmente quería gritar al igual que otras, exigir como las demás y gritar con las demás “¡No estás sola!”, pensando en mi hija y en el resto de las mujeres en mi familia. Estaba ansiosa de sacar mi cartel que había preparado: “Quiero estar segura en la calle y en la casa”.

Llegó la señal y nos indicaron que nos tomáramos del brazo y que ya íbamos a entrar al contingente. Así fue, quedamos entre el contingente de jóvenes que gritaban “¡Se va a caer, se va a caer!” y el contingente de Crianza Feminista. Esos segundos fueron muy emocionantes para mí hasta que noté miradas de algunas de las jóvenes que estaban atrás y que nos veían con cierta extrañeza. La líder de estas supuestas mujeres trabajadoras del aeropuerto, decía “Agárrense de los brazos, no se separen y griten: “¡Salir a trabajar, con seguridad!”. Me gustó la consigna y grité junto con esas mujeres porque en ese momento yo me veía caminando de mi casa hacia el trabajo, pensé en mi hija yendo a su trabajo.

El contingente no avanzaba, estuvimos ahí parados yo creo que no más de 10 minutos cuando de repente las chicas del contingente de atrás nos dicen: “Por favor háganse a un lado, vamos a dejar pasar a los familiares, por favor háganse a la orilla”. Eso hicimos, vi pasar al contingente de personas que llevaban fotos de mujeres muertas o desaparecidas. “¡No están solas, no están solas!”. Me sumé a esa consigna y de verdad la sentía. Fue así que nos sacaron del contingente. Cuando quisimos reincorporarnos, se escuchaban gritos: “¡Alerta!, ¡Alerta!” y de repente, golpes en vidrios del edificio de al lado y comienza el fuego. “Son las anarquistas” -me dice Lis-. “Vamos a salirnos, porque puede ser peligroso”. ¡Nos hicimos hacia la otra orilla del contingente y escuché que comenzaron a gritar “ ¡No violencia, no violencia!”. Me sumé a esos gritos, porque de verdad que creo en la no violencia y porque tenía hambre de gritar, de alzar mi voz también...

Nos reincorporamos a la marcha y avanzamos un tramo más cuando de repente, aparece el grupo de chicas vestidas de negro con el rostro tapado. Unas caminaban de prisa, otras corrían entre las mujeres que estaban sobre la banqueta. Es realmente impactante verlas, imponen. Sentí mi cuerpo temblar de emoción al verlas queriendo recorrer cada movimiento que hacían. Fue impresionante ver su agilidad para hacer las pintas en las paredes y en la escultura frente Al Caballito. Me preguntaba mientras las observaba, en dónde practican para desarrollar esas habilidades. Veía con detenimiento su perfil. Mujeres jóvenes, delgadas, ágiles, fuertes. “¡Somos malas y podemos ser peor!” gritaron al terminar la pinta. Sin amenazar a nadie, sin dirigirse a nadie. Realmente atestiguar ese momento, fue también impresionante. Tanto como ver la simulación de cuerpos dentro de bolsas negras, cargados por mujeres con la ropa pintada de rojo simulando sangre.

“Están echando bombas molotov” decía el mensaje de una compañera de la oficina que estaba en la marcha y que estaba a la altura del Hemiciclo a Juárez. “Nos vamos a resguardar, venimos con

niños” -me avisó-. Lo comenté con Lis y me dijo que era mejor que nosotras también nos saliéramos del contingente y nos quedáramos por fuera de éste. Así lo hicimos. Pudimos ser testigas de cómo iban uniéndose los contingentes en Avenida Juárez; jóvenes sobre la fuente roja; mujeres en silla de ruedas que también se quedaban fuera del contingente, pero portando algún cartel. Ríos y ríos de mujeres no dejaban de correr. Se sentía una energía muy fuerte, escuchar las batucadas y las consignas; ver los rostros de mujeres llorando. Escuchar a una mujer decirle a otra: “Piensa que lo hacemos por nosotras, por nuestras hijas y por todas las demás que hoy no pueden estar aquí, porque están muertas...”

Al escribir mi experiencia, revivo las sensaciones en mi cuerpo, repaso las imágenes en mi mente y vuelvo a llorar. De tristeza, de impotencia, de hartazgo, de frustración, de ira. Tal vez también de esperanza, porque quiero creer desde el fondo de mi corazón, que esta movilización genere verdaderamente un impacto y veamos despertar a quienes optan por dormir en lugar de enfrentar la realidad que estamos viviendo las mujeres mexicanas y actuar en consecuencia. Tengo esperanza de que las noticias de feminicidios vayan siendo menos hasta que unca más los haya. Tengo esperanza de que haya más consciencia entre los hombres y verdaderamente se vivan “nuevas masculinidades” en sus espacios privados y públicos. Quiero tener la esperanza de vivir días en los que no tenga que decirle a mi hija “avísame cuando llegues”.

Mi primera marcha del 8M es sin duda una experiencia importante en mi vida. Aún cuando no pude caminar mucho como las demás mujeres que llegaron hasta el zócalo, aún cuando no pude marchar en el contingente del Museo de la Mujer, por mi pasión a los museos y porque era en donde yo quería estar por sentir una mayor identidad. Aún cuando haya vivido por un rato lo que se siente levantar un cartel, gritar desde el fondo de mi corazón lo que estaba atorado en mi garganta. ¡Aun cuando haya habido miradas cuestionando el ver a un grupo de mujeres que quería meterse a una marcha en donde el llamado era “¡Mujer escucha, ésta es tu lucha!” ...

Al día siguiente participé en el Paro. Ese día hice monitoreo de medios para ver cómo estaban abordando la situación y cómo se veían los programas y noticieros sin mujeres. Me descubrí cansada física y emocionalmente y aprovechando que estaba sola en casa, lloré. Lloré mucho y me prometí que para la marcha del 8M del 2021, podré encontrar el grupo de mujeres con quien quiera marchar, llegaré hasta el zócalo y que no importará cómo ve vean, que lo que me importará será que pueda levantar mi cartel, gritaré lo que para entonces necesite gritar y me volveré a sumar a las demás mujeres de mi Ciudad que solo ese día sabré que existen y que al igual que yo, también levantarán su cartel.

María V. Nieto